

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA.S.A.

Un flirteo a la moda

Norma Shearer

Ralph Forbes





**Niu  
del  
COL·LECCIONISME**  
de J. Colomer  
TOT L'ART IMPRES  
AL PAPER  
Gravats Antics  
Lliris i Revistes  
Joguines i Medalles  
Objectes Variats  
Vinyetes i Postals  
ESPECIALISTE AL MON  
CROMOS DE LA XOCOLATA  
MISTOS I TABAC  
c/. Ferrán, 31 - Quiosc (A)  
Tel. 302 35 86  
BARCELONA-2

## LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

**IBÉRICA, S. A.**

Año III. Publicación Semanal de argumentos

Núm.

de películas de

25

71

**METRO GOLDWYN MAYER**

Cénts.

Ediciones **BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

## UN FLIRTEO A LA MODA

Deliciosa comedia, interpretada por

**NORMA SHEARER**

y

**RALPH FORBES**



Producción

**Metro - Goldwyn - Mayer**

DISTRIBUIDA POR

**METRO - GOLDWYN - MAYER**

**IBÉRICA, S. A.**

**MALLORCA, 220 - BARCELONA**



## UN FLIRTEO A LA MODA

### Argumento de la película

La casa de modas Litauer y Blogg era una de las más acreditadas de Nueva York.

Ana Dolan era la viajante de la casa, una atractiva y preciosa muchacha que tenía para la venta una gracia especial.

Un día, Ana se presentó en el despacho, después de un largo viaje.

—Ha hecho usted muy buenos negocios, querida; pero los gastos han sido también enormes—dijo Litauer, cariñosamente.

—No tendrán ustedes necesidad de preocuparse por mis gastos de viaje. ¡No pienso viajar más esta temporada!

Y habló de que quería unas largas vacaciones.

Los dos socios lamentaron aquella determinación, pues, a pesar de los gastos, era Ana insustituible para vender.

Aquella mañana devolvieron de la estación una de las grandes cajas-muestrarios.

Contenía los modelos creados por Litauer, y

su asociado Blogg creyó que los devolvían porque no gustaban en el mercado.

—¡Ya ve! Los modelos que usted creó, los devuelve el viajante por inútiles.

—Es absurdo, pues son preciosos.

Un telegrama aclaró pronto lo sucedido. Era del viajante que hacía la ruta de Des Moines.

*Encontré mejor empleo. Acepten mi renuncia. Manden a alguien a Des Moines para que tome mi plaza.*

*Mendelbaum.*

Ante aquella noticia, los dos socios fueron a rogar a Ana que se encargara de aquella ruta; pero la joven se negó, alegando que tenía que salir de vacaciones con su hermano, un estudiante de dieciocho años.

Poco después se presentaba Roberto a ver a su hermanita Ana. Entre risas y abrazos, hablaron del lugar donde irían a pasar una temporada de descanso; pero cuando Roberto se enteró de que Ana iba a dejar una ruta favorabilísima que le habían ofrecido, renunció a las vacaciones.

—Te estoy igualmente agradecido, Ana, pero no gastes más... Eres la más buena del mundo, hermanita... Me estás pagando todos mis estudios... y cuando yo termine mi carrera, te pagaré con creces todo lo que haces por mí.

—¡Gracias, Roberto!... Velaré siempre por ti: Suspendido, pues, el asueto, la joven comunicó a sus principales que aceptaba ir a viajar a la región de Des Moines.

Y aquella misma noche partió en el expreso.



\* \* \*

En el tren, un joven, sentado frente a ella, leía un periódico.

Ana se fijó en uno de los anuncios del diario, el que hacía el reclamo de la casa Litauer y Blogg.

El muchacho sonrió a su compañera y viendo el interés con que ella había mirado disimuladamente el anuncio, dijo, sonriente:

—¡Ah, la casa Litauer y Blogg! ¡Es gente célebre!

Y contemplando el vestido que Ana llevaba, añadió:

—Conozco que lleva usted un vestido de esa casa. Precisamente usted lleva el único modelo decente que hacen esos bandidos.

—¿Y usted, qué sabe?—dijo, medio contrariada, la joven.

—Yo estoy en este negocio, y sé lo que digo...

—¡No lo crea! No hay casa mejor que la Litauer...

—¡Parece mentira que las mujeres sepan tan poco de vestidos!... Cuando haya de comprarse un traje, cómprelo de esta marca.

Y le dió una tarjeta.

CARL RESD.

Modas de París

Viajante: José Adams

—Debe ser usted un vendedor excelente, señor Adams—dijo ella sonriente.

—¡Me gustaría conocer a la persona capaz de quitarme a mí un pedido!

Ana sonreía sin darse a conocer... El joven era de aspecto agradable, seductor.

Acertó a pasar White, un muchacho como de unos treinta años y con aspecto de viajante.

Lo era, en realidad, y sin que Ana se diese cuenta, se había apoderado de uno de los pequeños maletines de ella, pues al moverlo, impensadamente, escuchó en él un ruido de cristal.

¡Ah, allí habría whisky!

De puntillas, marchó con la maleta a otro departamento.

Ana, distraída, no había parado mientes en la sustracción; pero Adams vió pasar al viajante con la maleta y leyó sobre la piel de ésta una inscripción:

A. DOLAN

*viajante de Litauer y Blogg*

—¡Me gustaría hallar a ese Dolan!—dijo a Ana—. Ultimamente me ha robado unos cuantos pedidos en otra ruta.

—Debe ser buen vendedor—dijo Ana, riéndose.

—¿Qué hará por esta línea?

—Apostaría que va a Roxboro con intención de vender a la tienda de Robertson para el día de la apertura.

—Bien... Yo también voy a Roxboro, lo cual quiere decir que no le va a ser tan fácil a Dolan...



Ana celebraba interiormente aquella aventura. ¡La sorpresa que tendría el muchacho cuando descubriese la verdad!

El viajante que se había apoderado del maletín, se reunió en otro departamento con otros amigos. Abrió el equipaje, pero la botella, en vez de ser de licor, era una loción para el cabello.

Malhumorado, volvió con todo disimulo el maletín a su sitio.

Adams no estaba dispuesto a que el viajante Dolan triunfase en sus ventas; así es que se despidió de Ana, y fué a reunirse con White.

Trabaron amistad, bebieron de lo lindo... se divertieron.

Las horas pasaron volando.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el tren llegó a Roxboro. Adams se paseaba por el andén, cuando vio bajar a Ana.

—¿También usted se queda aquí? — le dijo—. ¡Qué suertel!

—Sí; tengo unos asuntos de interés que resolver.

Se detuvieron ante el vagón de donde descargaban los equipajes. Adams vio que descendían los muestrarios que llevaban el nombre de A. Dolan.

Se echó a reír.

—¡Los baúles de Dolan!—dijo—. ¡Es gracioso!... ¡Está durmiendo en el tren!...

—¿Es posible?

—¡Sí, venga!...

Se acercaron a uno de los coches sleepings y ante un departamento vieron un letrerito con esta inscripción:

*No me llamen.*

—Este que duerme es el viajante. Lo emborraché para que nome molestara... Se pondrá bueno cuando despierte.

Ana comprendió que Adams había tomado a otro viajante por Ana Dolan.

Pero así y todo era malévola la intención de aquel muchacho.

—¿Usted cree que esto está bien?—dijo.

—Todo está bien en los negocios y en el amor.

—Yo no tengo esa teoría.

—Pues es la única que se utiliza para viajar... Y adiós, señorita. Siento el tener que dejarla, pero tengo que estar en la puerta de la tienda de Robertson antes que abra.

Ana, una vez vió alejarse a Adams, hizo transportar sus equipajes a un camión y subió junto al chofer, haciéndose conducir al domicilio particular del señor Robertson.

Mientras tanto, White despertaba tranquilamente en el *sleeping* y salió para orientarse y ver si faltaba mucho para llegar a Roxboro.

Cuando por una viajera se enteró de que Roxboro quedaba algunos kilómetros atrás, su desesperación fué inaudita.



Iba también precisamente a aquella ciudad... y vió ya fallidas sus esperanzas de hacer algún pedido.

Y allá en Roxboro, Ana había llegado al chalet del rico comerciante Robertson.

Hizo entrar por el chofer su muestrario y avanzó hacia el hermoso comedor de la casa, donde se desayunaban Robertson, su mujer y su hija.

La joven, sonriente y audaz, abrió el equipaje y comenzó a enseñar sus vestidos.

Robertson y las dos mujeres corrieron hacia ella, admirando la osadía de la desconocida.

—Señor Robertson—dijo Ana dándole su tarjeta—, me he tomado esta libertad... porque creo le servirá de ayuda la opinión de su distinguida señora y encantadora hija.

Con aquellas hábiles palabras, puso a las damas a su favor. Pero el señor Robertson estaba indignado.

—¿Cómo ha venido? ¿Sabe usted que todavía no me he desayunado?

—Muchas gracias... Tendré mucho gusto en desayunar con usted...

La hija del comerciante contemplaba uno de los bellos modelos y Ana dijo:

—¡Tiene usted un cuerpecito divino! ¡Pruébese-lo!

Se lo probó. Resultó maravilloso.

Madre e hija se deshicieron en amabilidades con la viajante y se sentaron a la mesa.

Poco a poco fué el comerciante desarrugando el ceño.

Ana triunfaba en toda la línea.

Media hora después había conseguido un pedido importante.

José Adams esperó largo rato ante la tienda, cerrada, de Robertson. Comenzaba a impacientarse. ¿Cómo tardaba tanto en abrir?

Por fin se detuvo un automóvil y descendió del mismo el señor Robertson.



—¿Sabe usted que todavía no me he desayunado?

El viajante corrió a saludarle.

—Aquí estoy esperándole con unos modelos que pueden hacerle rico.

—Llegó usted demasiado tarde... Acabo de ver



los de Litauer y Blogg en mi casa y he comprado todo lo que necesitaba.

—Pero, ¿cómo es posible?

—¿Conoce usted... a la señorita Ana Dolan?— dijo Robertson, señalando a Ana que bajaba del coche.

Adams quedó confundido al contemplar a su amiga del tren. Entonces, ¿Dolan era una mujer... y él había emborrachado a otro viajante?

Ana, sonriendo, le miró con orgullo y le dijo en voz baja al saludarle:

—¿Usted sabe?... Todo está bien en los negocios y en el amor...

\* \* \*

Aquella tarde White había olvidado su mala ventura y se hallaba en el único hotel de Roxboro, hablando con una de las empleadas de la caja.

La piropeaba a su manera, con extraordinaria gracia, pero alejose prestamente al ver acercarse a un individuo a quien la cajera llamó esposo.

No quería recibir algún palo.

Luego, en compañía de otros viajeros, comenzó a contar chistes para pasar el rato.

Pasó ante ellos una hermosa mujer que vino a sentarse a poca distancia.

—Es Luisa Martín—explicó un viajante—. Su padre es el amo de los grandes almacenes Emporium, de Somerville.

White corrió hacia la bella, con ánimo de festejarla, pero la joven se levantó y fué al encuentro de José Adams, que se hospedaba en el propio hotel.

White miró airadamente al otro viajante. A causa de la juerguecita de la otra noche, había perdido él la ocasión de un pedido.

Luisa estaba enamorada desde hacía algún tiempo del apuesto José Adams.

—Me alegro de encontrarte aquí—le dijo—. Mi padre también ha venido en viaje de negocios.

—¿Dónde está?

—En su cuarto, arriba... Voy a hacer que te compre a ti.

La muchacha se dirigió a la habitación de su padre y no encontrándolo, rogó a Adams tuviese la bondad de esperar.

Cruzó el pasillo en dirección al hall y de pronto distinguió la voz de su padre en una de las habitaciones.

Llamó y, al abrirle, vió a su padre en compañía de Ana Dolan, que le mostraba sus hermosos géneros.

La joven se llevó airadamente a su padre hacia su cuarto.

Ana sonrió y salió al corredor. Su gesto se volvió adusto cuando vió a Adams que se había reunido ahora con Martín y su hija.

Despechada, exclamó:

—Lo siento, señor Martín... no quería que su competidor, Asley, comprase mis mejores modelos.

Martín vacilaba, pero su hija le obligó a en-



trar en su cuarto. Antes de cerrar la puerta, Adams dijo a Ana, cuya habitación estaba situada frente por frente:

—¡Esta vez gané yo!

—¡Espere un momento!

Y se echó a reír...

Entró en su cuarto, y de pronto, cogió el teléfono y, dejando la puerta abierta de manera que desde las otras habitaciones pudiera oírse todo lo que ella decía, simuló una conversación telefónica, y comenzó a gritar:

—No, señor Asley... solamente puedo vender a una tienda en Somerville y estoy esperando al señor Martín...

Calló unos momentos y agregó:

—Bien, después de todo... el que primero llega es el que gana. Suba, señor Asley.

Martín, nervioso, había escuchado aquellas palabras. Y aprovechando un momento en que su hija y Adams estaban atareados abriendo el muestrario, se deslizó hacia la habitación de Ana.

Quería comprarle a esta muchacha los modelos, le parecían excelentes y de gusto único.

Cuando Luisa vió que su padre había desaparecido, sospechó donde estaba y corrió de nuevo hacia la habitación de Ana.

Llamó varias veces y al fin consiguió que la abrieran. Pero ya el señor Martín había firmado su pedido, y Ana se reía alegremente.

Salieron padre e hija, y la viajante quedó calculando la ganancia que iba a reportarle la importante nota.

Adams, furioso por la competencia que le ha-

cía aquella mujercita, entró en su cuarto y le dijo:

—La felicito. Supongo que usted se figura que es muy inteligente.

—Sé que los pedidos no caen del cielo...

—Pero eso de enredar a los viejos para sacarles el pedido... no dice nada en favor de usted.

—Supongo que tampoco dice mucho bien el enredar a las hijas de los viejos.

—Cuando yo consigo un pedido... lo consigo por mis propios méritos...

—Cuando yo consigo un pedido... lo hago firmar en este libro y no me preocupo más de mis méritos—dijo ella riendo.

A Adams le hizo gracia la muchachita y de pronto se fijó en que era irresistiblemente hermosa.

Sin poderse contener, la dió un fuerte beso en la boca.

—¡Qué bonita eres!—le dijo.

Ella, furiosa, le empujó hacia la pared y, con el golpe, Adams tropezó con el teléfono y descolgó el auricular, marcando la señal de alarma.

—¡Salga de aquí!—gritó ella.

—¡No quiero! Y sí la volveré a besar.

—¡Pruébelo!

—¿Así?

Le dió otro fuerte beso en la boca.

—¡Atrevido... insolente! ¡Si no se va, le echo a patadas!

—¡Adiós, pobre mujercita indefensa!

Y salió de la estancia, sintiendo haber perdido



el pedido, pero pensando que no le era indiferente aquella bella mocita.

Por su parte, tampoco Ana estaba muy disgustada por aquellos besos. A pesar de su rivalidad, tenía que confesarse que el joven viajante no era del todo antipático.

Al quedar descolgado el teléfono, la empleada de servicio escuchó la disputa de los dos jóvenes y creyendo que la tal Ana necesitaba auxilio, mandó allá al detective del hotel.

Este llamó a la habitación.

Y Ana, creyendo que quien volvía era Adams, llenó un jarro de agua fría y, abriendo la puerta, lo lanzó a la cabeza del inocente polizonte.

El agente huyó escapado.

\* \* \*

A la otra noche, Adams se hallaba en uno de los trenes cuando vió que en otro convoy estaba la hermosa Ana.

Corrió hacia ella, dispuesto a acompañarla un trecho en el viaje.

Sentóse ante la joven, a quien saludó con gran afecto.

Ana, sorprendida y, hay que decirlo todo, complacida también de la presencia del joven, afectó, sin embargo, gran indiferencia.

Sin decirle nada ni contestar apenas a sus pa-

labras, llamó al mozo del tren y le rogó le mandara un tablero para poder escribir.

Inmediatamente Adams se encargó de ese menester ajustando unas tablas a su comodidad.

—¡Gracias... nada más!—respondió ella.

Animado el viajante, cogió la caja de golosinas



*Sentóse ante la joven*

que llevaba uno de los empleados y le ofreció varias cosas a Ana, quien negóse rotundamente a aceptar.

Se puso a escribir, prescindiendo de él en absoluto.

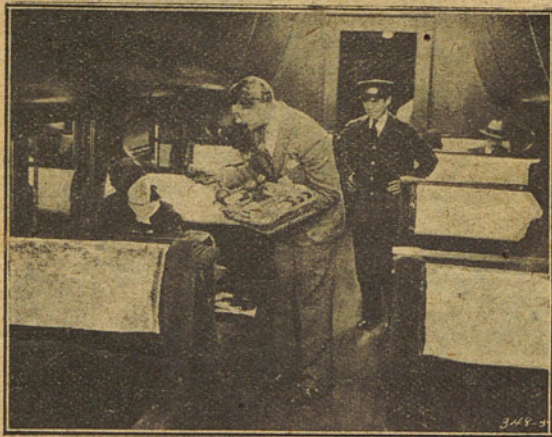


Entonces, Adams cogió bruscamente de un brazo a la muchacha y la obligó a levantarse.

—¡Que descarrila!—gritó.

Y empujándola con rudeza se la llevó, entre el asombro general, a la plataforma del vagón.

Ana comprendió la estratagema y se echó a reír.



*...le ofreció varias cosas a Ana...*

—¿Quién descarrila?—preguntó.

—Yo.. que me voy a tirar a la vía, si usted no me perdona.

Sonrió Ana y acabó perdonando al inquieto ri-

val. Se sentaron. Gozaban desde allí del fresco de la noche y de la soledad.

Un caballero vino a sentarse cerca de ellos, y Adams, furioso, comenzó a rascarse y a decir:

—El doctor me dijo que dentro de dos semanas habrá pasado el peligro de contagio de mis viruelas.

Oír esto el viajero y desaparecer, fué cosa de un segundo.

Ana no podía aguantar la risa.

—¡Se necesita ser fresco!—dijo.

—Sí, estoy bien de salud... pero mi corazón...

Un chiquillo vino a interrumpirles y se quedó mirándoles fijamente.

Adams, a fin de que se marchase, le entregó un dólar.

El pequeño desapareció; pero, pocos momentos más tarde, volvió con otros chicos, a quienes había comunicado que aquel señor repartía dinero.

El viajante echaba fuego por los ojos, mientras Ana se divertía de lo lindo con aquellos incidentes.

Por fin llegó la madre de los chiquillos y se llevó a toda la pandilla.

Cuando ya creía Adams gozar de la soledad, vino otra pareja y se sentó junto a ellos.

Adams puso de nuevo en juego el recurso de las viruelas, comenzando a gritar que las había tenido contagiosas.

Pero los intrusos no hicieron el menor movimiento.

¡Eran sordomudos!



Y el pobre Adams no pudo encontrar la soledad que buscaba.

El tren se detuvo en una estación.

Allí Adams bajó para enlazar con otro tren y volver a su punto de partida.

Se despidió amablemente de su amiga, quien había dejado a un lado sus recelos y demostraba por su compañero de profesión una dulce simpatía.

—Espero verla... pronto—dijo él.

—Yo también—repuso la joven.

—Estaré en Somerville para Navidad... ¿Dónde estará usted?

—¡En Somerville!

Reanudó el tren su marcha... Desde la plataforma ella decía adiós a Adams...

Sonreía al joven...

¡Ay, se sentía inquieta!... ¿Acaso era el amor?

\* \* \*

Llegaron las Navidades, y en el hotel de Somerville se hallaban varios viajeros, teniendo que pasar las fiestas hogareñas separados de sus familias.

Estaba White, quien acababa de poner un telegrama a su mujercita condoliéndose de la separación.

La empleada del telégrafo, le dijo:

—Debe ser triste el pasar las Navidades lejos de su mujer.

—¡Terrible!

Y White fué a reunirse con una chiquilla, cuya compañía había buscado para resolver su tristeza.

—He mandado mi telegrama al Ministerio de la Guerra—dijo riendo—. Vámonos.

Pasaron ante Adams que estaba junto a un balcón.

—¿Viene a jugar al tresillo? — le preguntó Adams.

Y mostróle bajo su abrigo una botella de licor.

—Se lo agradezco...

—¡Como quiera!

Adams estaba impaciente, aguardando la prometida llegada de Ana.

El tiempo era crudo: nevaba.

Era ya muy avanzada la noche, y cuando se enteró de que no llegaba ya hasta el día siguiente ningún tren, su desconsuelo fué enorme.

Le llamaron al teléfono. Era Luisa, la hija del señor Martín.

—Voy a mandarte mi trineo para que vengas a casa—le dijo.

—¡No!... Estoy ya en cama—dijo, excusándose de asistir.

—Levántate... Espero con ilusión reunirme contigo.

Dejó el teléfono con tristeza. No iría... Y se enfrascó en la lectura en el salón de lectura.

Un automóvil se detuvo luego ante el hotel.



Ana cumplía su palabra y sonriente, se dirigió a firmar al "bureau".

—Querría saber si llegó alguien de Nueva York —preguntó.

—Sí, señora... aquí está desde hace una semana —dijo el dueño sonriente.

Le entregó un paquete de correspondencia que había para ella. Entre las cartas había una de su hermano, diciendo que se encontraba bien.

Adams salió del salón de lectura y vio a la mujer de sus ensueños. Porque durante el tiempo de ausencia comprendió que era el amor lo que le llevaba a buscar aquella criatura.

Emocionado corrió a tenderle su mano.

—¿Cómo está usted?

—¡Bien, gracias!

—¿Cómo está usted?

—¡Bien, gracias!

—¿Cómo le fué?

¡Bien, muy bien!

Sus manos seguían juntas, unidas por la emoción.

¡Parecían tan felices de verse otra vez!

Buscaron un lugar donde poder hablarse a solas; pero en todas partes había viajeros.

Y, como dos autómatas, salieron a la calle, sin notar que se habían quitado ya los abrigos y que la temperatura era glacial.

Andaron largo trecho bajo la nieve, causando la admiración de los escasos transeúntes que, tapados hasta las orejas, se atrevían a cruzar la calle.

Apoyados a un árbol se declararon su cariño.

—¡Ana, te quiero! Te casarás conmigo, ¿verdad?

Y ella para quien aquel hombre era la primera y más pura ilusión, le besó, aceptando su cariño. ¡Qué felices eran!

Regresaron tranquilamente, sin preocuparse de la nieve que caía cada vez más espesa. Hablaban del porvenir. Tendrían una casita, hijos, y un día de Navidad, como era aquél, gozarían de inolvidables momentos, viendo el contento de los pequeños ante el árbol de Noel.

Pero de pronto ella se entristeció y dijo:

—Creo que tendré que trabajar... después que nos casemos.

—¿Por qué? ¡Qué locura!

—Es que estoy pagando la carrera a mi hermano.

—No puedo consentir que un hermano eche a perder nuestra felicidad.

—Tú no vas a pedirme que le abandone—dijo ella algo amoscada.

—Mira, yo casi eché a perder a un hermano mío. Jamás hizo nada de bueno hasta el día que lo dejé solo.

—¡Mi hermano es diferente!

—¡Todos son lo mismo!...

—Mi hermano no es lo que tú dices.. y le vas a tener que pedir perdón.

—Yo pedir perdón. ¡Nunca!

—¡Nunca me voy a casar con un hombre que no quiera a mi hermano!

—¡Debían colgar a todos los vagos!

—¡Qué rabia me das! ¡Adiós!



Y enfurecida por el desengaño, entró sola en el hotel.

Momentos después, Adams, lamentando lo sucedido, penetraba también en la fonda.

Luisa apareció ante él.

—¿Por qué no has venido? ¡Anda, vámonos a mi casa! Hay baile...



—¡Ana, te quiero!

Vaciló el joven, pero despechado por lo ocurrido momentos antes, marchó con Luisa.

Desde su ventana, Ana le vió partir... y en su alma se desgarró la flor de la esperanza.

¡Todo estaba perdido!

\* \* \*

Al día siguiente Adams tuvo que guardar cama a consecuencia de su resfriado cogido en el paseo a cuerpo gentil.

Luisa se constituyó en su enfermera en el cuarto del hotel.

También Ana se había resfriado... pero había marchado aquella mañana de Somerville.

Al llegar a Nueva York se encaminó a casa de su hermano; entró en su habitación y viendo dormir a Roberto cubierto hasta la cabeza, arrojó sobre él un almohadón.

Y ante los ojos asombrados de Ana, apareció una mujer de grandes ojos ingenuos.

Ana quedó viendo visiones... Pero... ¿su hermano tenía en casa una mujer?

No tardó Roberto en presentarse y en explicarle que se había casado unos días antes con Margey, la mujer más buena del mundo.

Sintió Ana una gran tristeza por haber sacrificado su amor a un hermano que con el egoísmo natural de la felicidad, se casaba, destrozando acaso su carrera.

Llevólo a un rincón de la estancia y le dijo:

—Pero, ¿qué has hecho, Roberto? ¿Y tu carrera?... Eres todavía tan joven... un niño.

—Siempre me has creído un niño... Estaría mu-



cho mejor si no me hubieses mimado tanto. Pero te quiero del mismo modo, hermanita.

Ana meditó. He ahí como el propio Roberto daba la razón a las palabras de Adams.

¡Oh, su hermano era ya un hombre casado... y se ganaría a su modo la vida con el concepto de la responsabilidad!

Y loca de alegría escribió allí mismo un telegrama para Adams.

*Tenías razón. Salgo inmediatamente para Somerville.*

*Tuya siempre,*

Ana.

Y abrazó a su hermana y a Margy deseándoles eterna ventura.

Los socios Litauer y Blogg le telefonearon momentos después, rogándole que fuese a su despacho.

—¡No me esperen! ¡Me voy a Somerville a casarme con Adams! — contestó.

—No te cases Ana. Con tu conocimiento del negocio puedes hacer fortuna.

—No quiero negocios... ¡Quiero casarme y tener un hogar!

Los asociados quedaron viendo visiones. Marchándose de su lado Ana, perdían a la mejor vendedora. Era preciso evitarlo a toda costa.

—Hay que evitar que se case, aunque le tengamos que dar participación en el negocio.

Ana marchó aquella tarde a Somerville.

En otro tren lo hicieron los dos socios.

Aquella noche se recibió en Somerville el telegrama de Ana.

La empleada se lo dió a Luisa para que lo entregara a su amigo, pero ella, después de leerlo, lo guardó en su bolsillo. No lo entregaría; nada quería saber de aquella rival.

A la otra mañana, el joven Adams se dispuso a marchar y Luisa enamorada, le dijo:

—¿Por qué hemos de estar siempre separados, Adams?

—Te veré en mi próximo viaje.

—¡No seas tímido!... Si quieres que me case ahora mismo contigo... te diré que sí.

Vaciló Adams, pero sabiendo que Ana le había abandonado y sin conocer el telegrama de reconciliación, accedió a la súplica de Luisa, que era también una muchacha guapa e interesante.

Corrió Luisa a comunicar a su padre la grata noticia y éste, a regañadientes, le aceptó y autorizó aquella boda.

Horas después Ana llegaba al hotel, corriendo a instalarse en su habitación, esperando de un momento a otro la visita de Adams.

También habían llegado Litauer y Blogg.

Adams paseaba por el hall cuando otro viajero se acercó a él y le dijo:

—¡Felicidades, Adams, he oído decir que se casa usted hoy!

Cuando los dos modistos oyeron el nombre de Adams, comprendieron que se trataba del novio de Ana, y dispuestos a impedir aquella boda, se acercaron a él.

—Soy Litauer... y éste es mi socio. Un joven de



talento como usted, nunca debe casarse con una mujer que viaja.

—¡Pero la señorita Martín no viaja!—exclamó Adams, sorprendido.

—¿Quiere decir la hija de Martín, el amo del Emporium?

—La misma.

Los dos hombres se despidieron de Adams, sin decir nada más.

Pues, entonces, ¿qué lío era aquél? ¿Cómo Ana les había dicho que se casaba?

Sabedores de que la joven estaba en el hotel, llamaron a su cuarto.

Ella abrió creyendo que era Adams...

—¿Ustedes? —dijo, sorprendida— ¡Vaya! les agradezco que hayan venido a mi casamiento con Adams...

Los dos hombres se miraban, no sabiendo si confesar a Ana lo que acababa de decirles el viajante.

¡Pobre jovencita ilusionada, demasiado pronto iba a conocer el dolor!...

Ella les mostró el retrato de Adams...

Los socios estaban azarados.

—¿Hace tiempo que sois novios? —preguntó Lituaer.

—No... pero parece que nos hemos querido toda la vida...

—¡Bien!... vamos.

Adams entró en la estancia.

Ana al ver al hombre adorado, le dijo casi a punto de caer en sus brazos:

—¡Hola, José Adams!

Tristemente Adams respondió:

—He sabido que estabas aquí, Ana... y he venido a saludarte... Supongo ya te han dicho que hoy me voy a casar con la señorita Martín.

Pálida de asombro, la joven sólo pudo balbucear:

—¡Que seas muy feliz con ella, José!

Adams se dispuso a marchar. Había dado aquel triste paso con la esperanza de ver por última vez a su ex novia.

Pero oyendo aquellas últimas palabras comprendió que era inútil intentar la reconciliación.

Y alejose apenado.

—¡Adiós, Ana!...

—¡Adiós, Adams!...

Nada más...

En silencio, los dos modistos habían escuchado la entrevista. Cuando partió Adams, la jovencita se echó a llorar y cayó en brazos de aquellas dos buenas personas.

Y de tal manera se conmovieron aquellos hombres que olvidando su primitivo propósito, se dispusieron a impedir la boda de Adams con Luisa... para que la pobrecita Ana no fuera desgraciada.

Perderían a esa vendedora... pero ya no les importaba... Si era posible, harían la dicha de aquella mujer... y con esto tenían bastante.

Salieron y fueron a hablar con Luisa, que aguardaba en el salón a su novio para ir a casarse.

—Felicidades, señorita —le dijo Lituaer—. Cuando Adams se case con usted, puede ser que se enmiende.



—¿Qué quiere usted decir? — exclamó Luisa, sorprendida.

—Puede ser que se porte mejor que con sus dos últimas mujeres.

—¿Pero, él ha estado casado?

—¡Ya lo creo!

—¿Dónde está ahora?—dijo furiosa porque le había ocultado aquel detalle.

—Arriba... con la señorita Ana Dolan.

—¡Ah, el miserable!

Corrió hacia la habitación de Ana y encontró a ésta llorando.

Reconoció a la viajante que allá en Roxboro había hablado con Adams.

—Usted se cree que viniendo aquí me lo va a quitar ¿eh?

Ella con noble dignidad, respondió:

—¡No!... Solamente quiero que sean ustedes dichosos.

—Miren la bondadosa... Usted será muy buena para el negocio, pero éste le salió mal. Le recomiendo que la próxima vez no trate de reconquistarle por teléfono.

—¿Qué sabe usted de mi telegrama?

—¡Lo tengo yo!... No llegó a poder de Adams...

Disputaron, riñeron... Los celos las hacía vibrar de odio.

\* \* \*

Un cuarto de hora después, los dos modistos llamaron al cuarto de Ana. Se escuchó un rumor. La puerta estaba entornada, y entraron.

Vieron a una mujer, casi sin ropa y atada fuertemente.

Corrieron a libertarla... y su sorpresa fué inmensa al reconocer a Luisa.

Pero... ¡si hacía poco que habían visto marchar a Adams en un trineo con una mujer que iba cubierta con el mismo sombrero y abrigo que Luisa!

Todo lo comprendieron.

Ana se había apoderado de las ropas de su rival... Era una muchacha listísima.

Y se abrazaron felices de su triunfo, mientras Luisa rabiaba de furor.

Allá en el trineo, Adams iba al lado de la que creía Luisa, pues tapada con las pieles no se le veía apenas la fisonomía.

Y Ana se reía de su estratagema.

Ana al enterarse en su entrevista con Luisa de lo del telegrama, se había lanzado sobre la rival y después de maniatarla, se apoderó de su traje y de su sombrero.

Ya en el trineo, el joven viajante dijo:



—Luisa, ¿estás segura de que no hacemos un disparate?

Ella negó con la cabeza.

—¡No puedo! ¡Quiero a Ana! ¡No puedo casarme contigo! — dijo Adams.

—¡Adams!

Y descubriendo su cabeza, mostró su lindo rostro.

—¡Ana... Anita! Pero... ¿cómo estás aquí?...

Todo se lo contó la dulce criatura... y él la estrechó en sus brazos.

—¡Ah, ocultó tu telegrama! ¡Pues has hecho bien en jugarle tal partida! ¡Amor mío! ¡Es a ti a quien sólo quiero! ¡Jamás me sentí tan feliz!

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

**Sociedad General Española de Librería**

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

MAÑANA SE PONDRA A LA VENTA  
en las selectas

EDICIONES ESPECIALES  
de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

la formidable novela:

# EL ENEMIGO

interpretada por

**LILIAN GISH y RALPH FORBES**

EMOCIONANTE ASUNTO

No es un film de guerra, sino un canto  
a la paz.

16 fotografías de página entera

Artística portada



GRAN ÉXITO del  
Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

---

CINEMATOGRAFICA

---

para

1 9 2 9

Alarde de buen gusto artístico y literario,  
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar  
las postales de L. N. S. C. de 1928



[B.]